EL CHRISTIANO INSTRUIDO EN SU LEY. TOMO TERCERO. DISCURSOS MORALES Y DOCTRINALES, DADOS A LUZ EN LENGUA TOSCANA, POR EL REVERÉNDISIMO PABLO SEÑERI, de la compañía de Jesús, Predicador de nuestro Santísimo Padre Inocencio XII. Impreso en el año de 1733.Sig. 1317.

Discurso XVIII, Las Penas del Infierno, descubren la Gravedad del pecado Mortal .

1. Muchas fueron las invenciones con que pretendió la crueldad de Dionisio, Tyrano, mostrarse ingeniosa; Pero si alguna se mereció la primera alabanza, fue el artificio de su famosa cárcel, labrada a semejanza de una oreja, para que por aquel pequeño agujero, que había en la parte superior de la vuelta, se pudiesen oír más fácilmente las pláticas, las lástimas, los gritos de los encarcelados, que si no eran reos, lo habían allí de ser quejándose. O si se hubiera fabricado con esta misma planta la cárcel infernal! Quisiera que todos los hombres aplicando allí el oído, pudieran comprender fácilmente las quejas de aquellas almas inconsolables , para tener por este camino una relación tan fundada, y tan fiel de las miserias de aquellas profundidades horrendas, que bastase para apartarlas de ellas muy lejos: mas no nos deja, ni aun espacio de desear esta noticia de fe, pues nos trae ella misma de otro mundo más autorizadamente las nuevas de aquel infelíz país que se intitula el lugar de todos los males, el lugar de los tormentos: El punto es que queramos aplicar la consideración a sus sincerísimos informes: Esto os suplico, que queráis hacer al presente, pues estoy dispuesto a repetirlos uno por uno, para conseguir de vosotros, que os resolváis a aborrecer el pecado, única causa de la condenación, que oireís: y aún mal mayor que la condenación. (Pág. 1)

3.Dice pues el señor, que la ira de Dios se deja toda sobre el infeliz condenado: no se puede decir mas, Catholicos para hacer que entendáis muy bien lo que es el infierno. El efecto es un acto proporcionado a la infinita justicia de nuestro señor: De tal manera, que quien no supiera, que la justicia divina es infinita, mirando tan gran obra, como la pena que padecen los pecadores en aquel abysmo profundo, llegará de repente a entender llena, y profundamente esta infinita perfección de Dios en el castigar el vicio. Sabréis que yo soy el señor que hiere, dice él mismo por el profeta Ezequiel: Yo descargaré sobre cada uno de mis rebeldes tan grandes golpes, que de la fuerza de las heridas podréis argüir con facilidad la omnipotencia de mi brazo divino. Las llagas que dejaré estampadas en aquellos infelices, serán caracteres visibles a todos los entendimientos, para declarar el odio inmenso que tengo a su culpa, y entraré con mi espada tan dentro de sus entrañas, que se hallará cualquiera obligado a confesar: quien así hiere no es otro, que un Dios, sabreís que yo soy el señor que hiere. No será este un conocimiento probable, una conjetura prudente, será una ciencia perfecta: tan manifiesta se verá en cualquier tiempo tan grande verdad. Por eso es menester afirmar, que los tormentos con que son castigados los réprobos, deben ser como infinitos, pues hacen que se vea la infinita perfección de la divina justicia, y pues en ellos han de leer en letras claras, y manifiestas todos aquellos desgraciados la infinita santidad, que reyna en el corazón de Dios, y el odio, por el consiguiente, infinito, que tiene a la maldad. La ira de Dios queda sobre él” la ira de Dios producirá efectos correspondientes a la grandeza de un Dios, como vemos que sucede en los efectos, que sirven para descubrir los otros atributos. Los efectos ordenados a manifestar la Divina Misericordia, son excesos infinitos de benignidad: los efectos ordenados a descubrir el poder, son prodigios inauditos, los efectos ordenados a probar la providencia, son protecciones indecibles; los efectos ordenados a dar a conocer la divina liberalidad, son dones inmensos; inmensos, pues, indecibles, inauditos, infinitos, serán también los castigos que han de manifestar, como efectos, la divina justicia. (pág. 2.)

6. Demás de esto, por tres capítulos es más formidable este fuego: Lo primero por su cantidad; vemos que acá entre nosotros, quanto un horno es mayor, tanto también es más violento. El infierno será un horno, cuya circunferencia se extenderá por algunos centenares de leguas, como es menester que sea, habiendo de contener innumerables cuerpos de almas condenadas: y por otra parte por cualquier lado lleno de fuego, habiendo estos mismos cuerpos de arder en él, como un sacrificio perpetuo para honra de Dios, según ya se ha dicho: y por eso se conocerá fácilmente cuanta fuerza tendrá un incendio tan ancho, y tan profundo como el infierno ! Yo me persuada a que si cayera en un monte de piedra barroqueña, u de mármol, se deshiciera al instante como cera, a tu presencia se derretirán los montes: lo cierto es que un fuego mucho menor como es el del Vesubio, y el del Mongibelo, derrite los peñascos, y reduce hasta ceniza hasta las rocas más duras, esparciéndolas sobre los campos, á manera de menuda lluvia, para que los hombres tengan delante de los ojos un ligero dibujo de aquel fuego mayor, que nos ha pintado, y descubierto la fe, para terror de los impíos. (Pag.4)

7. Añadid a la cantidad de aquel fuego la cantidad de la materia. y se hallan fuegos artificiales, que llegan a arder, aun en el agua como se ha visto con horror grande en muchas batallas de mar: y aún los químicos saben encender el antimonio, un fuego tan poderoso, tan penetrante, que en su comparación la llama de las fraguas ordinarias parece llama de paja: pues cuan furioso será el fuego infernal, fuego artificial, si mas con arte divina, no con arte humana, y encendido en un azufre tremendo, formado de propósito para atormentar a los malos. (pág. 5)

9. Que os parece, pues, o Cathólicos, de esta espada de fuego? No os parece que debe hacer muy formidable a aquel a aquel señor que va armado con ella, y tiene tan gran brazo para manejarla? Y esto es lo que conviene considerar mas; porque demás de las tres condiciones, poco antes dichas, así de la cantidad, como de la calidad, y de el encierro de aquel horno horrendo, queda lo mejor y es la gran fuerza, que Dios sobrenaturalmente concederá a aquel fuego para hacerle producir efectos superiores a su proporción, y a su poder. Acuerdan las historias que habiendo enviado a Jorge Castrioto a Mohamet el segundo, emperador de los Turcos aquella celebérrima espada, con que cortaba a cercén el cuello de un buey de un golpe solo, oyendo después, que ninguno de cuantos se habían probado a ello, había podido conseguir jamás tan hermosa gloria, respondió prudentemente: no me admiro de ello, habiendo yo enviado la espada, no el brazo. Otro tanto os diré yo a vosotros, si por ventura os pareciere os pareciere imposible la eficacia del fuego que os describo, midiéndole con el fuego común, que tenemos en la tierra. Algunos han querido decir que el fuego del infierno es de diversa especie, que el nuestro: no digo esto, quiero que sea de la misma especie, y que a lo mas sea diferente en la materia, como vemos que entre nosotros es diverso en la materia el fuego de la paja, del carbón, de la cal, de la pez, del azufre, del estaño, del hierro encendido, y sin embargo es el mismo fuego; pero esto que hace al caso?, el fuego en la mano de la naturaleza, sea el que fuere, es como una espada en la mano de una mujer: mas en el infierno es una espada en la mano de Dios; Y por eso no es maravilla, que manejada del omnipotente, haga pruebas tan superiores a su virtud, y tan excesivas a nuestro modo de entender, y creer. Así veis que no se contentó Dios con decir: Si afilare como relámpago mi espada: mas quiso acrecentar, y arrebatar mi mano el juicio, poque se sepa, que aquella espada de fuego, no solo obra con su virtud propia, mas mucho mas también con la de la mano, que la gobierna: Aquel fuego será instrumento de la Divina justicia, que castiga, dice Santo Thomás; y el instrumento no solo obra con su virtud propia, mas también con la del agente principal. (P.p. 6-7)

12. Finalmente este mismo fuego, tomado de Dios como instrumento para atormentar a los malos, encerrará en si mismo todo género de tormento. En el fuego solo dice San Gerónimo, los pecadores sienten todos los suplicios en el infierno. Así como en este mundo, para muestra de su gran poder, quiere Dios que el sol concurra, como causa universalísima, a la producción de todos los mixtos que se engendran, así dentro del infierno, para muestra de su justo castigo, quiere Dios que el fuego concurra, como causa universalísima, a la producción de todos los dolores que se padecen en él, de fuerte, que todas las potencias interiores, y exteriores, todos los sentidos, el alma, el cuerpo, en una palabra, todo el hombre esté sujeto a tanta eficiencia de operación. El fuego, pues hará allá el oficio de todas las carnicerías, y de todos los verdugos, que se pueden unir, hará sentir el ardor de las brasas, la frialdad de las escarchas, las mordeduras de los gusanos, los tirones de los cordeles, las cuchillas de las espadas, la tempestad de los azotes, las cortaduras, los cepos, las cadenas, las ruedas equivaliendo a todo. Y no solo esto, mas aunque todos los condenados estarán envueltos en el mismo fuego, no todos padecerán igualmente, mas a proporción de su mérito, unos mas y otros menos, que aunque muchos caminantes caminen a un paso debajo del resistero del mismo sol, no todos igualmente se llegan a encender, mas según la proporción de su complexión, que por eso fue llamado discretamente fuego racional, fuego sabio, entendido, y lleno de razón, pues no obra a ciegas, como el nuestro, atormentando igualmente a un mártir, y a un malhechor: mas obra con discreción prudente, según la cantidad y calidad de los delitos, que ha de castigar: y en una palabra obra como instrumento, gobernado por un artífice sumo, y para una labor tan señalada y tan primorosa, como es la gloria de Dios: De adonde según el arte, que en él imprime el brazo de su artífice omnipotente…como relámpago mi espada y arrebataré mi mano el juicio, tomaré venganza de mis enemigos, y les daré su merecido castigo a los que me tuvieron odio. (7-8)